

RIO DE JANEIRO

EL SURFING COMO VALOR SOCIAL EN LA CIDADE MARAVILHOSA

Juego de Niños

Acaba de caer el sol tras las casas más altas del morro de Rocinha. El resplandor del atardecer aún ilumina, con su luz anaranjada, las estrechas callecitas de la favela.

- ¡Polvo de diez, maría de cinco! –Pregona Duda, con la voz finita.

Tiene la piel negra como el carbón, anda descalzo y sólo viste una bermuda vieja. Está muy flaco. Lleva una 9 mm en la cintura y en la mano una bolsa de nylon grande llena de diminutas bolsitas.

- Polvo de diez, maría de cinco. –Repite, una y otra vez.

Otro niño, un poco más chico, también negro y también flaco, se acerca y le entrega lo que parece ser un billete. Recibe a cambio una de las bolsitas. Se llama Tiago y no parece tener más de ocho o nueve años.

- ¿Tenés sedas? – Pregunta antes de irse.

Duda le entrega dos hojas de papel de fumar y aprovecha para informarle que la droga es de primera calidad, que no se va a arrepentir de haberla comprado. Tiago camina unos metros y se sienta en una roca que asoma desde la orilla del mato. Abre la bolsita que acaba de comprar y se arma un faso. Lo enciende y un penetrante olor a eucalipto quemado toma cuenta del aire.

Por el lado opuesto de la calle se acerca una niña caminando apurada. Las chancletas hacen ruido contra el asfalto aún caliente y mueve el culo como deben hacer sus hermanas mayores al caminar. La espalda recta y los hombros forzados hacia atrás, empujando hacia el frente un pecho tan liso como una tabla. Llega hasta donde está Duda y le dice, lloriqueando:

- Mi marido cayó. Preciso una fuerza de la firma. Tengo que comprar leche para mi hijo.

Duda no vacila. Saca unos cuantos papeles del bolsillo y se los entrega a la niña. Luego habla, moviendo las manos como si estuviera dando un show de hip-hop para una atenta platea.

- La firma siempre fortalece a la comunidad. –Dice.- Cualquier problema estamos acá, para ayudar al pueblo. Andá con Dios.

La niña se va con el mismo apuro con el cual llegó y realizando los mismos movimientos que, de tan genuinos, se debaten entre lo triste y lo decadente. Se sienta en el escalón de la puerta de una casa y cuenta el dinero. No termina de hacerlo cuando tres chicos, ninguno mayor de diez años, llegan arrastrando y golpeando a un cuarto niño. Gritan que *yisnovou*, que delató a la boca de fumo.

Duda deja lo que está haciendo, vendiendo un *polvo de diez*, y corre hacia el grupo, con la 9mm empuñada.

- ¿Alcaheteó este hijo de puta?! – Pregunta, gritando y apoyando el caño del arma contra la cabeza del desgraciado. – ¿Traicionaste a la firma, rata de mierda?! – Presiona Duda. El niño se muestra aterrado.

Yo no hice nada. – Afirma – ¡Juro que no hice nada!

- ¿Vos sabés lo que les pasa a los *yisnovi* (X9)? – Amenaza uno de los niños mientras le pega con el codo en la nuca. – ¿Sabés lo que les pasa? – Insiste.

- No quiero morir. Por el amor de Dios no me maten. – Suplica.

Entre los cuatro tiran al delator al suelo y empiezan a golpearlo en todo el cuerpo. Le patean la cabeza y el estómago. Le pisan las manos y las piernas. Lo escupen.

La misma niña que acababa de venir a pedir plata se acerca al grupo, llorando sin lágrimas.

- ¡No maten a mi hermano!- Ruega a los gritos.- ¡Por Jesucristo, no lo maten! Es la única familia que me queda. – Dice, olvidando que hace un rato vino a pedir plata para alimentar a su hijo.

Los cuatro chicos parecen no escucharla y le siguen pegando a mansalva al que está tirado. La paliza se extiende durante algunos momentos hasta que Duda da una orden:

- ¡Atrás!. – Dice y los otros tres obedecen, retrocediendo un par de pasos. Duda apunta con el arma al niño caído y dispara varias veces.

Ya no hay más gritos. El alcahete no se mueve. Duda ríe con sonoras carcajadas y pide fósforos.

- Vamos a incendiar a este hijo de puta. – Anuncia- *Yisnovi* de mierda.

La escena es interrumpida por el estruendo de tres disparos cercanos. Sin pensarlo dos veces, los niños salen corriendo con rumbos diferentes. Incluso el negrito que acaba de ser ajusticiado se levanta del piso y huye a toda carrera.

A dos cuadas de distancia, una escena similar a la que estaban representando los menores, acaba de ocurrir. La diferencia es que esta es real.

Un adolescente de no más de 15 años yace en el suelo con varios plomos en el cuerpo. Tiene las piernas rotas y la cara deformada por la golpiza que recibió. Su cuerpo deshecho sobre un charco de sangre aún tibia.

Otros tres muchachos, más o menos de la misma edad, prenden fuego al contenido de un tacho de basura. Echan unas maderas para avivar aún más las llamas y, cuando la hoguera los satisface, tiran dentro al recién fallecido. No hay nadie en la calle excepto ellos. Los vecinos se metieron en sus casas y cerraron las puertas y las ventanas. Nadie quiere ver ni escuchar lo que está ocurriendo.

Cumplida la tarea justiciera, los adolescentes abandonan el lugar, caminando sin apuro. La calma vuelve al morro pero el horror permanece. El cuerpo del delator yace carbonizado a un lado del tacho, ahora volcado y despidiendo un insoportable olor a carne y

basura quemada. Un olor que los vecinos conocen muy bien pero al cual les resulta imposible acostumbrarse.

Poco más tarde, dos calles más abajo, los niños vuelven a reunirse para seguir jugando. El que había sido asesinado a golpes, desempeña ahora el rol del *vapor* que vende la cocaína. Carga la misma 9mm de juguete que antes llevaba Duda enganchada en la bermuda y la misma bolsa llena de pequeñas bolsitas con hojas de eucalipto picadas y harina de mandioca.

- ¡Polvo de diez, maría de cinco! -Pregona, mientras frota una de sus manos contra un moretón que se le formó en la espalda, producto de la apasionada representación anterior. Duda viene a comprarle una *maría de cinco* y toda la escena se repite.

La *boca de fumo* es un juego muy común en las favelas de Brasil. Los niños imitan las escenas que ven en la cotidianeidad del morro y, al mismo tiempo, como los cachorros de león cuando luchan entre hermanos, se entrenan para un futuro casi inevitable. La mayoría de ellos, en dos o tres años, cuando los primeros vellos púbicos empiecen a poblarles la entrepierna, cargarán armas de verdad y venderán marihuana y cocaína genuina. Muchos tendrán hijos, quemarán *yisnovis* y morirán bajo las balas de la policía o de otras facciones criminales que querrán apoderarse de sus negocios.

Y lo harán antes que les crezca la barba.

Surfavela

Pero no todos los niños de la favela juegan a la boca de fumo. Algunos lo hacen sobre las olas, buscando en el océano una opción diferente que les permita salir del infierno donde les tocó en suerte nacer.

En Rocinha existe esa alternativa, se llama Surfavela y fue creada por Bocao, un surfista nacido y criado en la comunidad. Se trata de una escuelita de surfing, financiada por el empuje invaluable de Bocao y apoyada por la entidad internacional Surf Rider Foundation y los campeones mundiales Tom Curren (USA) y Tom Carroll (Aus). El apoyo se traduce en unos pocos dólares y unas cuantas tablas que Surfavela recibe de la institución y los ídolos mencionados. Por su parte, el aporte de Bocao no se cuenta en billetes, sino en sangre, amor y huevos.

Varios surfistas y personajes locales también contribuyen con el emprendimiento. El artista Gabriel Contino, más conocido como Gabriel o Pensador, vive a pocas cuadras de una de las dos entradas a la Rocinha. Nació allí y hasta el día de hoy tiene su casa en el barrio. Surfista de alma, suele ir a correr las olas de San Conrado cada vez que sus obligaciones profesionales se lo permiten. El Pensador apoya con dinero y materiales a Surfavela desde que se inició.

“Conozco a Bocao desde la adolescencia -dijo Gabriel a Mareas- y sé que siempre fue un tipo apasionado por el surf. Los meninos lo quieren mucho y todos respetamos muchísimo el trabajo que él hace. Sabemos que tiene infinitas dificultades pero también mucho amor.”

La sede de la escuelita se encuentra en el peor lugar de Rocinha; un sitio que nadie quiere ocupar y que, por ese motivo, Bocao pudo aprovechar. Sucede que el terreno cuelga sobre un ancho canal donde bajan las aguas servidas de toda la favela. El olor es intolerable y la contaminación alcanza niveles asustadores. Pero es algo. Y algo, cuando no se tiene nada, significa mucho. Más preocupado por el futuro de los niños que por nimiedades geográficas, el responsable de Surfavela instaló allí, en ese nefasto rincón de la Rocinha, su escuelita de surf.

Un triángulo de tierra cercado por rejas despintadas alberga unas cuarenta tablas de surf, la mayoría de ellas viejas y golpeadas, pero aptas para subirse encima y salir volando sobre las olas, bien lejos del mundo criminal. El observador atento puede encontrar, entre esos castigados deslizadores, varios que supieron desempeñarse bajo los pies de algunos de los mejores surfistas del mundo. Es que cada vez que hay un campeonato internacional de surf en Río de Janeiro, algún competidor solidario deja una tabla como contribución al noble emprendimiento.

Varias decenas de niños van todos los días a la playa de San Conrado a practicar con su entrenador. Uniformados con la camiseta de lycra anaranjada, en cuyo pecho luce el logotipo de la escuela y el nombre de la favela, bajan del morro con las tablas a cuestas y pasan gran parte del día en el mar.

“Es muy importante que estén acá. Hacen deporte, aprenden a respetar a los demás, comparten el equipo de surf (tablas, parafinas, cuerdas) y se sienten motivados a mejorar. Quieren surfear cada vez mejor para poder competir y, quien sabe, encontrar una salida económica en el deporte.” Dijo Bocao.

Parte del programa de Surfavela consiste en incentivar a los niños para que no dejen la escuela.

“A medida que mejoran en los estudios les voy dando mejores tablas o les regalo una parafina o una cuerda mejor de la que tenían. Es necesario alentarlos constantemente para que sigan adelante y no se dejen llevar por la parte mala de la comunidad.” Explicó el profe, que vivió toda su vida en Rocinha y conoce como nadie la realidad del morro más poblado y peligroso de Brasil.

Gracias a Surfavela los pequeños surfers favelados encuentran en Bocao un referente saludable. Y en el surfing, además de una posibilidad para el futuro, algo más concreto y tangible y -dado que el futuro se construye en el presente- más importante: los niños encuentran en las olas la alegría diaria.

Algo que no debería faltarle a ningún niño del mundo.

CUADRO APARTE:

ROCINHA

Favela violenta ubicada en la zona sur de Río de Janeiro, vecina de los lujosos barrios de San Conrado y Gávea. Con 200 mil habitantes, es la favela más grande de Latinoamérica y una de las más peligrosas. Todo el tiempo ocurren enfrentamientos armados entre el ejército y los grupos de narcotraficantes, e incluso entre las diferentes facciones criminales de la capital fluminense. Conflictos que suelen resultar en la muerte de inocentes, víctimas de balas perdidas, confusiones o errores.

Dentro del morro se mueve un gran volumen de dinero y existe una concentración inusitada de gente. Hay lugares pobres y lugares ricos. Es una representación en miniatura de Brasil.

El narcotráfico tiene una comunicación fluida con la población de la favela y oficia de reemplazo por la ausencia del gobierno en la comunidad. Se trata de una presencia muy fuerte y que podría ser considerada política. Según la declaración coincidente que varios vecinos de la Rocinha dieron a este cronista, la gente precisa servicios y el narcotráfico se encarga de brindarlos. También garantizan la seguridad de los pobladores, castigando los crímenes que se comenten dentro de la favela e intercediendo para que no ocurran en las zonas de influencia de la comunidad, como los barrios vecinos de Gávea, San Conrado y Leblón.